

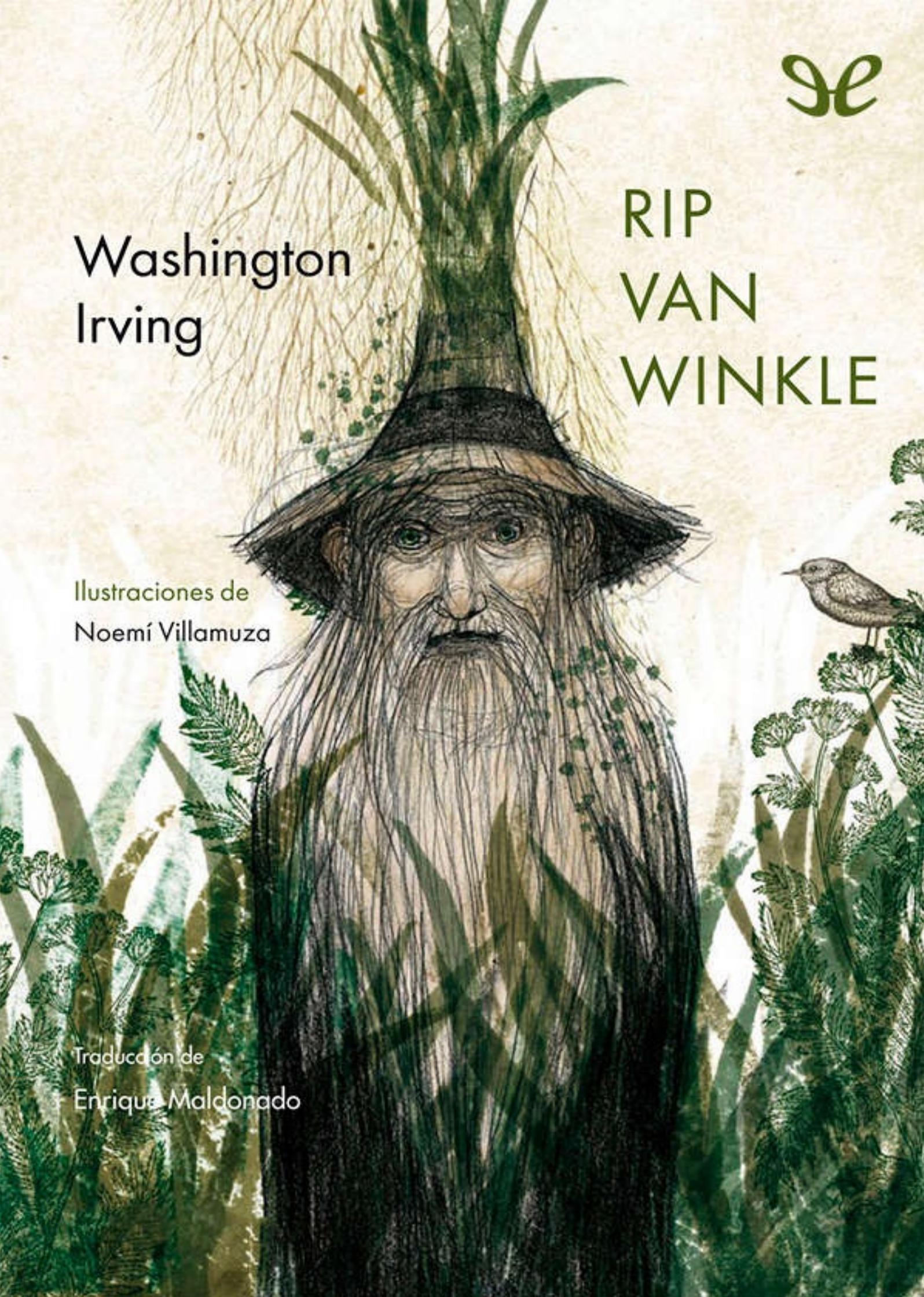
A stylized, green logo consisting of two interlocking, curved shapes that resemble the letters 'se'.

Washington  
Irving

RIP  
VAN  
WINKLE

Ilustraciones de  
Noemí Villamuza

Traducción de  
Enrique Maldonado



Publicado en 1819, este relato es considerado el primer cuento de la literatura norteamericana. Está ambientado en los días previos a la Guerra de Independencia de los Estados Unidos y narra la historia de un aldeano de ascendencia holandesa que escapa de su esposa, que lo regañaba continuamente por irse al bosque. Tras varias aventuras, se sienta bajo la sombra de un árbol y se queda dormido. Al despertar el mundo que conocía había cambiado por completo...

Este relato sigue muy presente en la cultura de Estados Unidos y, de hecho, la historia se sigue contando entre los niños, que aún disfrutan con la leyenda del viejo Rip van Winkle.



Washington Irving

# Rip van Winkle (Ilustrado)

ePub r1.0  
Titivillus 19.06.16

Título original: *Rip van Winkle*  
Washington Irving, 1819  
Traducción: Enrique Maldonado Roldán  
Ilustraciones: Noemí Villamuza

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





## RIP VAN WINKLE

La siguiente historia se encontró entre los papeles del difunto Diedrich Knickerbocker<sup>[1]</sup>, un anciano caballero de Nueva York con mucha curiosidad por la historia neerlandesa de la provincia y las costumbres de los descendientes de los primitivos colonos. Sus investigaciones históricas, no obstante, no se basan tanto en los libros como en las gentes; los primeros son, por desgracia, escasos en lo relativo a sus materias favoritas, mientras que Knickerbocker encontraba que los viejos burgueses, y aún más sus mujeres, eran un filón de esos saberes legendarios de valor tan incalculable para la verdadera historia. Así pues, siempre que se topaba con una genuina familia holandesa, cómodamente cobijada en su casa de campo de techos bajos, a la sombra de un sicomoro de ancha copa, la contemplaba como un pequeño librito cerrado de letras góticas y la estudiaba con el celo de un ratón de biblioteca.

El resultado de todas estas investigaciones fue una historia de la provincia durante el mandato de los gobernadores neerlandeses que publicó hace ya algunos años. Las opiniones relativas al carácter literario de su obra han sido variadas y, si somos sinceros, este no es ni una pizca mejor de lo que debería. Su principal mérito es su escrupulosa exactitud, que si bien fue cuestionada ligeramente tras su aparición, quedó ya por completo demostrada, lo que sitúa el libro en el seno de toda colección histórica que se precie como texto de autoridad incuestionable.

El anciano caballero murió poco después de la publicación de su obra y, toda vez que descansa ya bajo tierra, difícilmente puede herir su memoria decir que su tiempo bien podría haberlo dedicado con mayor provecho a más importantes quehaceres. Knickerbocker, no obstante, fue capaz de desarrollar su afición a su modo, y aunque en ocasiones levantó ciertas polvaredas a ojos de sus vecinos y afectó el ánimo de algunos amigos por los que sentía la mayor de las deferencias y afectos, sus errores y locuras son recordados «más con pena que con rabia»<sup>[2]</sup> y comienza a haber fundadas sospechas de que nunca pretendió ofender ni lastimar. En cualquier caso, sea como sea su recuerdo estimado por sus críticos, todavía se le confiere alta estima entre ciertas gentes, cuya buena opinión merece ser valorada. Sucede esto en particular con algunos pasteleros, que han llegado a imprimir su imagen en los dulces de Año Nuevo, otorgándole de este modo una oportunidad para la inmortalidad casi equivalente a la de aparecer estampado en una Medalla de Waterloo o en un cuarto de penique de la reina Ana.<sup>[3]</sup>



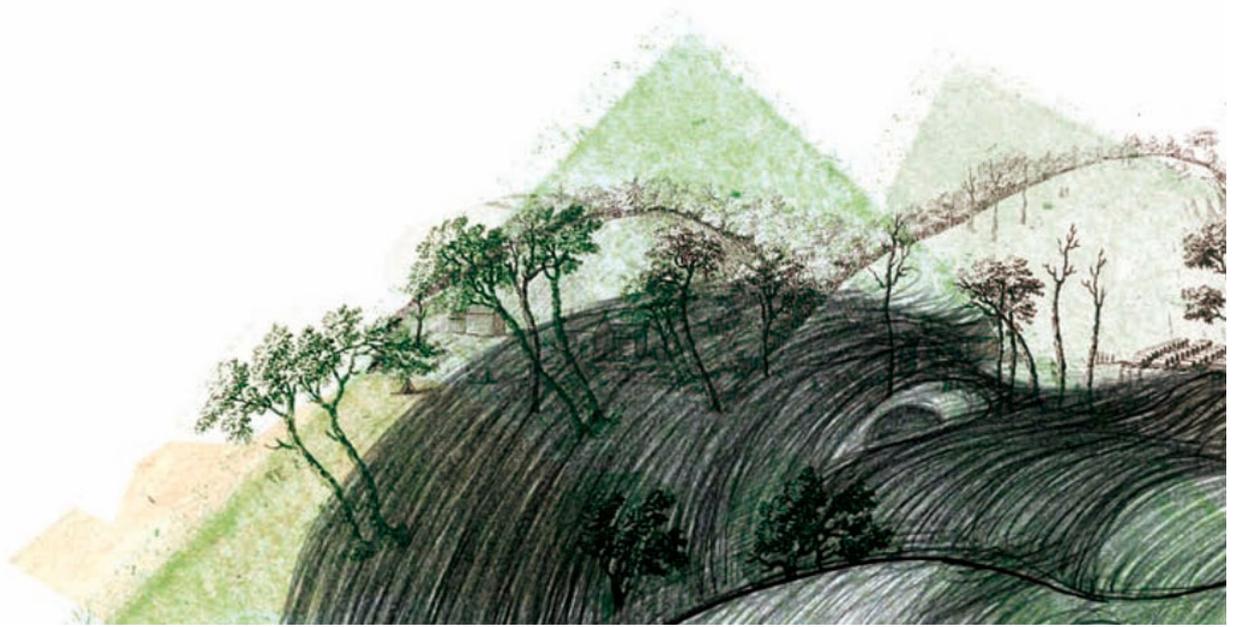
## TEXTO PÓSTUMO DE DIEDRICH KNICKERBOCKER

*Por Woden, Dios de los sajones,  
de quien proviene Wensday, el día de Woden.<sup>[4]</sup>  
La verdad es algo que siempre mantendré,  
hasta ese día en que me arrastre  
a mi sepultura...*

Cartwright<sup>[5]</sup>

Todo aquel que haya viajado río Hudson arriba recordará las montañas de Kaatskill. Son una rama desmembrada de la gran familia de los Apalaches y se pueden ver en la lejanía, al oeste del río, creciendo hasta una noble altura y gobernando las tierras que las rodean. Cada cambio de estación, cada cambio meteorológico, cada hora del día, de hecho, produce alguna alteración en las mágicas tonalidades y formas de estas montañas, por lo que son consideradas por toda buena esposa, resida lejos o cerca, barómetros perfectos. Cuando el tiempo es bueno y estable, se visten de azul y púrpura e imprimen sus llamativos contornos en el limpio cielo de la tarde, mas a veces, cuando el resto del paisaje está libre de nubes, reúnen una capota de vapores grises en torno a sus cumbres, la cual, en los últimos rayos del sol que se retira, brillará y se iluminará como una corona de gloria.

A los pies de estas delicadas montañas, el viajero ha podido quizá divisar el ligero humo que se enrosca sobre una aldea cuyos tejados de tablillas brillan entre los árboles, justo en el lugar donde los tintes azules de las tierras altas se deshacen en el fresco verde del paisaje más cercano. Es una pequeña población de larga historia que fue fundada por algunos de los colonos neerlandeses en los primeros tiempos de la provincia, nada más iniciarse el gobierno del bueno de Peter Stuyvesant<sup>[6]</sup> (que en paz descansa), y hasta hace pocos años todavía existían las viviendas de los colonos originales, construidas con pequeños ladrillos amarillos traídos de Holanda, con ventanas enrejadas y fachadas de aguilón coronadas por veletas.

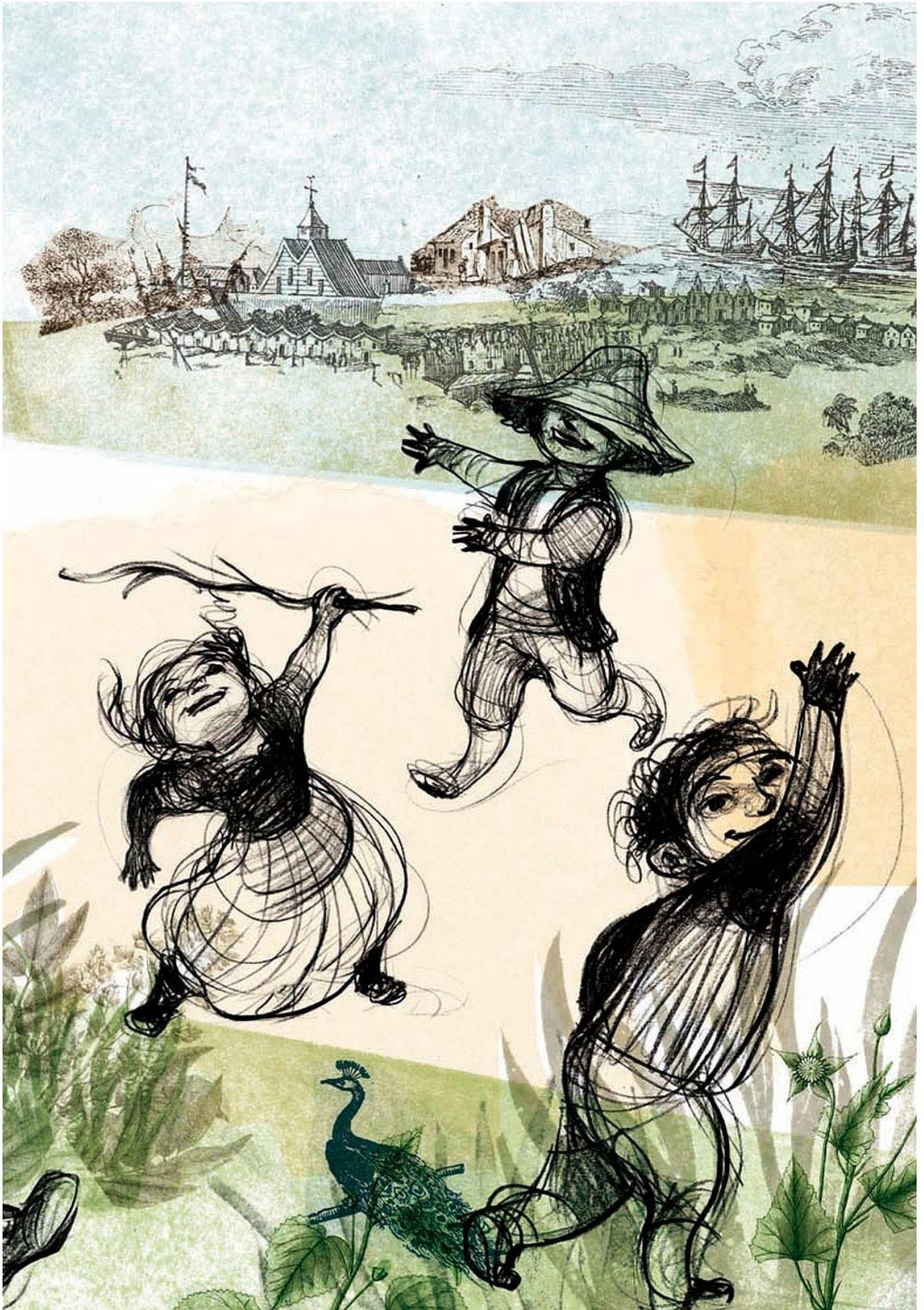


En esa misma aldea, y precisamente en una de estas casas —la cual, para ser completamente sinceros, estaba tristemente afectada por el paso del tiempo y la climatología—, vivía muchos años atrás, cuando el país aún era una provincia de Gran Bretaña, un hombre sencillo y amable llamado Rip van Winkle. Era descendiente de los Van Winkle que figuran tan destacadamente en los caballerosos días de Peter Stuyvesant, a quien acompañaron en el asedio de Fort Christina.<sup>[7]</sup> Sin embargo, poco heredó del carácter marcial de sus ancestros. He señalado que se trataba de un hombre sencillo y amable, pero además era un buen vecino y obediente

marido dominado. De hecho, es a esta última circunstancia a la que quizá se deba la mansedumbre de espíritu que le granjeó tan universal popularidad, ya que son hombres propensos a ser serviles y conciliadores en la calle quienes están bajo la disciplina de las fieras en casa. Su carácter, sin duda, se hace flexible y maleable en la fragua abrasadora de las tribulaciones domésticas: una reprimenda en el hogar vale tanto como todos los sermones del mundo a la hora de transmitir las virtudes de la paciencia y el sufrimiento resignado. Una esposa arpía puede, por tanto, en cierto sentido, ser estimada como una bendición tolerable, y consideradas sus circunstancias de este modo, Rip van Winkle era sumamente afortunado.

Verdad es que era el gran consentido entre las buenas esposas de la aldea, quienes, como suele suceder con el bello sexo, se ponían de su parte en todas las riñas familiares y jamás dudaban, siempre que comentaban estas cuestiones en sus cotilleos de media tarde, en culpar por completo a la señora Van Winkle. Los niños de la aldea, asimismo, gritaban de alegría siempre que lo veían llegar. Rip los ayudaba en sus juegos, construía sus juguetes, los enseñaba a volar cometas y a apuntar con las canicas y les contaba largos cuentos de fantasmas, brujas e indios. Siempre que paseaba por la aldea, iba Rip rodeado por una tropa de críos colgados de sus faldones y encaramados a su espalda que le gastaban un millar de travesuras con total impunidad. Ni un solo perro le ladraba en todo el vecindario.





El gran error en la compostura de Rip era una aversión insuperable a todo tipo de trabajo provechoso. No se trataba de una carencia de diligencia o de perseverancia, puesto que era capaz de sentarse en una roca húmeda, con una caña tan larga y pesada como la lanza de un tártaro, y pescar todo el día sin un murmullo, incluso si no veía fortalecido el ánimo por la captura de un solo pez. Podía también cargar sobre el hombro una escopeta, durante horas y horas, caminando por bosques y cañadas, ladera arriba y valle abajo, sólo para cazar algunas ardillas o unas palomas migratorias.<sup>[8]</sup> Nunca se negaba a ayudar a un vecino, incluso en las más esforzadas tareas, y era de los más destacados en todas las fiestas campestres a la hora de pelar el maíz más duro o construir vallas de piedra. Las mujeres de la aldea también solían emplearlo para hacer sus mandados y para encargarse de esos pequeños y molestos trabajos que sus menos atentos maridos se negaban a hacer. En pocas palabras: Rip van Winkle estaba dispuesto a atender las tareas de cualquiera, menos las suyas; cumplir con sus obligaciones familiares y mantener sus tierras en orden le resultaba imposible.

De hecho, afirmaba que no tenía sentido trabajar sus tierras: eran el pedazo de campo más pestilente de todo el país, todo marchaba mal en ellas, hiciera lo que hiciera. Sus vallas se desmoronaban sin parar; su vaca, bien se extraviaba o bien se metía entre las coles; las malas hierbas crecían, sin duda, más rápido en sus tierras que en ningún otro sitio; la lluvia siempre se empeñaba en llegar justo cuando tenía algún trabajo que hacer al aire libre; y así su herencia había menguado bajo su mando, fanega a fanega, hasta que no quedó más que un mero parche de maíz del más duro y patatas, pese a lo cual siguió siendo la tierra en peores condiciones del vecindario.

Sus hijos, también, eran tan harapientos y salvajes como si no fueran de nadie. Su primogénito, Rip, un pilluelo engendrado a su semejanza, prometía heredar los hábitos, junto a los viejos ropajes, de su progenitor. Se lo solía ver marchando como un potro tras los talones de su madre, vestido con un par de bombachos abandonados por su padre, que sin más ni más sostenía con una mano, como hace una dama de bien con la cola del vestido cuando hace mal tiempo.

Rip van Winkle, no obstante, era uno de esos felices mortales, de temperamento fluido e imprudente, que se tomaba la vida con calma, comía pan blanco o negro, el que pudiera obtenerse con la menor dificultad, y prefería pasar hambre con un penique que trabajar por una libra. Dejado a su aire habría pasado la vida silbando, con total satisfacción, pero su mujer no cesaba de calentarle las orejas por su holgazanería, su despreocupación y la ruina a la que llevaba a la familia. Mañana, tarde y noche, la lengua de la señora Van Winkle no cesaba su movimiento, y todo cuanto Rip pudiera decir o hacer producía sin remedio un torrente de elocuencia doméstica. Ante todas estas reprimendas, el hombre sólo tenía una forma de responder, la cual, por frecuente uso, se había convertido en costumbre: se encogía de hombros, sacudía la cabeza y levantaba la mirada al cielo, aunque no decía nada.

Esto, sin embargo, siempre provocaba una nueva acometida de su mujer, con lo que Rip de buena gana extinguía sus fuerzas y se marchaba a la calle, el único sitio que, en realidad, pertenece a un marido dominado.

Sólo con un partidario contaba Rip en su hogar: su perro Wolf, que estaba tan dominado como su dueño, puesto que la señora Van Winkle los consideraba compañeros de haraganería y hasta miraba con rencor a Wolf como causa de los habituales extravíos de su dueño. Ciertamente es, en todos los sentidos apropiados para el espíritu de un perro honrado, que era un animal valiente como ningún otro que haya batido los bosques; pero ¿qué valentía puede resistir las fechorías y los más consumados ataques de una lengua femenina? En cuanto Wolf entraba en la casa, el mechón de la frente se le venía abajo y, con el rabo por el suelo o entre las piernas, se escabullía con aspecto de condenado, mientras lanzaba incesantes miradas de reojo a la señora Van Winkle, y ante la más mínima aparición de una escoba o de un cazo, salía volando hacia la puerta con chillona precipitación.



La situación de Rip van Winkle empeoró más y más según avanzaron los años de matrimonio; el ánimo de una furia nunca se suaviza con la edad, una lengua afilada es la única herramienta punzante que se agudiza con el uso. Durante un tiempo solía Rip consolarse, cuando era expulsado de casa, frecuentando algo parecido a un club perpetuo de sabios, filósofos y otros personajes desocupados de la aldea, el cual

celebraba sus sesiones en el banco situado frente a una pequeña posada marcada por el retrato rubicundo de Su Majestad Jorge III. Allí solían sentarse a la sombra durante los largos y perezosos días de verano, comentando lánguidamente los rumores de la aldea o contando historias inacabables, soporíferas, sobre nada en concreto. Pero habría merecido todo el capital de cualquier estadista haber podido asistir a las profundas discusiones que en ocasiones se producían cuando, por casualidad, un viejo periódico de un viajero de paso caía en sus manos. Con qué solemnidad escuchaban su contenido en la voz cansina de Derrick van Bummel, el maestro de escuela, un pulcro y docto hombrecillo que no se arredraba ante la palabra más gigantesca del diccionario; y con qué sabiduría deliberaba la concurrencia los acontecimientos públicos algunos meses después de que hubieran tenido lugar.



Las opiniones de esta asamblea estaban controladas por completo por Nicholas Vedder, uno de los patriarcas de la aldea y propietario de la posada, a cuya puerta se sentaba de la mañana a la noche, moviéndose únicamente lo suficiente para evitar el sol y seguir resguardado por la sombra de un gran árbol, de tal modo que los vecinos, sólo con sus movimientos, podían saber qué hora era de forma tan precisa como la

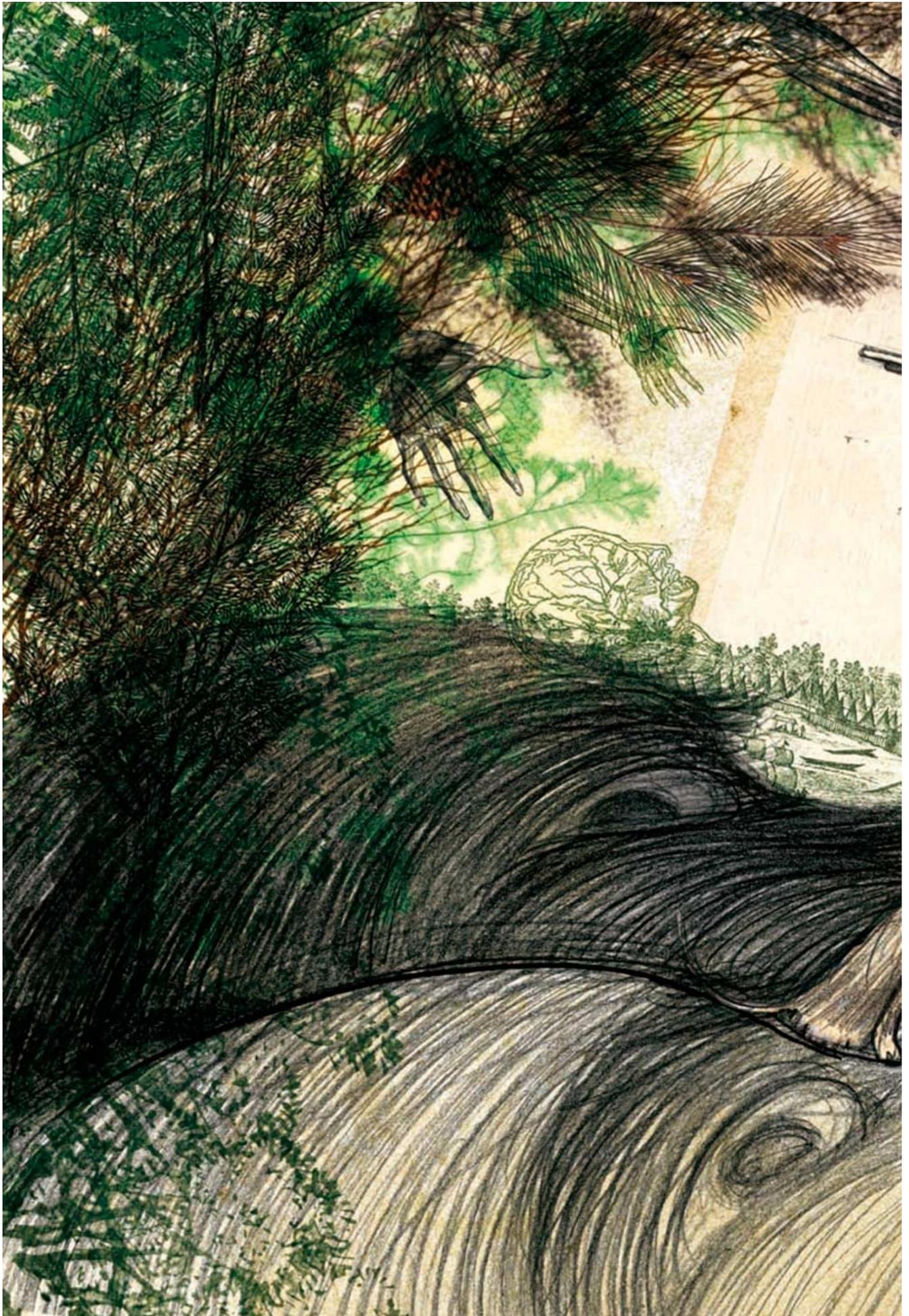
marcaría un reloj de sol. Es cierto, en raras ocasiones se le oía pronunciar palabra, sino que fumaba de su pipa sin descanso. Sus partidarios, no obstante (pues todo gran hombre tiene sus partidarios), lo comprendían a la perfección y sabían cómo conocer sus opiniones. Cuando algo de lo que se leía o se contaba le desagradaba, se le podía ver chupar con vehemencia su pipa, soltando frecuentes y malhumoradas bocanadas; pero cuando se sentía agrado, inhalaba el humo de forma lenta y con tranquilidad, tras lo que producía ligeras y sosegadas nubes. En ocasiones, llegaba a retirarse la pipa de la boca y dejaba que el fragante vapor se enroscara en torno a la nariz mientras asentía con gravedad como muestra de total aprobación.

Mas, incluso de este bastión, fue finalmente expulsado el desafortunado Rip por la arpía de su mujer, que de pronto irrumpía en la tranquilidad de la junta de sabios y mostraba su desprecio por todos sus miembros; ni siquiera este augusto personaje, el propio Nicholas Vedder, estaba a salvo de la osada lengua de esta terrible virago, que lo acusaba sin ambages de incentivar los hábitos ociosos de su marido.

El pobre Rip terminó reducido a la práctica desesperación; su única alternativa para escapar del trabajo de sus tierras y de los clamores de su esposa era echarse el arma al hombro y salir a caminar por los bosques. Allí se sentaba, a veces, a los pies de un árbol y compartía el contenido de su zurrón con Wolf, con quien simpatizaba como compañero de sufrimientos y persecuciones. «Pobre Wolf —decía—, tu ama te hace llevar una vida de perros, pero no te preocupes, muchacho, ¡mientras yo viva no necesitarás nunca otro amigo a tu lado!». Wolf meneaba entonces el rabo, miraba cariñoso a los ojos de su amo y, si los perros pueden sentir compasión, en verdad creo que compartía este sentimiento con todo su corazón.

En una larga caminata de estas, un buen día de otoño, Rip se había abierto paso de forma inconsciente hasta uno de los espacios más altos de las montañas de Kaatskill. Estaba dedicado por completo a su pasatiempo favorito, la caza de ardillas, y la soledad sonaba y resonaba con los disparos de su escopeta. Resollando y fatigado, se arrojó, ya entrada la tarde, en un verde otero cubierto de hierbas del monte que coronaba el saliente de un precipicio. Desde una apertura entre los árboles, podía ver todas las tierras bajas a lo largo de muchos kilómetros de rica arboleda. Observó en la distancia el señorial Hudson, lejos, muy lejos, a sus pies, avanzando en su silencioso aunque majestuoso curso, con el reflejo de una nube púrpura o la vela de una lenta barca acurrucándose aquí y allá en su cristalino seno para, al cabo, perderse en la azul meseta.

Al otro lado, pudo ver una profunda cañada, salvaje, solitaria y alfombrada, cuyo fondo estaba repleto de fragmentos de los riscos adyacentes y escasamente iluminado por los reflejos de los rayos del sol en retirada. Durante un tiempo, Rip permaneció contemplando la escena; el atardecer caía gradualmente, las montañas comenzaban a arrojar sus largas sombras azules sobre los valles. Fue consciente de que oscurecería mucho antes de que lograra alcanzar la aldea y liberó un profundo suspiro cuando pensó en afrontar las arremetidas de la señora Van Winkle.





Cuando estaba a punto de iniciar el descenso, oyó una voz en la distancia que lo llamaba: «¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!». Miró a su alrededor, pero no pudo ver más que un cuervo que realizaba su solitario vuelo sobre la montaña. Supuso que su imaginación debía de haberlo engañado y volvió a dar media vuelta para descender, cuando de nuevo oyó el mismo grito resonar en el calmo aire de la tarde: «¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!». En ese momento a Wolf se le erizó el lomo y, liberando un suave gruñido, se ocultó tras las piernas de su amo, sin dejar de mirar atemorizado hacia la cañada. Rip sintió entonces un vago temor que le trepaba por la espalda, miró nervioso en la misma dirección y percibió una extraña figura que lenta y trabajosamente ascendía entre las rocas, doblada por el peso de algo que cargaba sobre los hombros. Se sorprendió al ver a un ser humano en un lugar tan solitario y poco frecuentado, pero entendió que sería alguien del vecindario que necesitaba ayuda, por lo que aceleró ladera abajo para atenderlo.

Al acercarse, quedó aún más sorprendido por la singular apariencia del extraño. Era un hombre mayor, pequeño y robusto, con barba canosa y cabellera poblada y rizada. Vestía a la moda de los antiguos neerlandeses: un chaleco de tela ajustado en la cintura, varios pares de calzones, el más exterior de gran volumen, decorado con hileras de botones en los laterales y pliegues en las rodillas. Llevaba sobre los hombros un pesado barrilete que parecía lleno de licor y empezó a hacerle gestos a Rip para que se acercara a auxiliarlo con su carga. Aunque sentía cierta timidez y desconfianza hacia el recién llegado, Rip reaccionó con su habitual presteza y, ayudándose el uno al otro, treparon un estrecho barranco que parecía ser el cauce seco de un torrente de montaña. Durante su ascenso, Rip oía cada cierto tiempo largos y fuertes retumbos, como truenos en la distancia, que parecían emerger de una estrecha quebrada, más bien una hendidura entre elevadas rocas, hacia la que conducía su escarpado camino. Se detuvo un instante, pero supuso que sería el murmullo de una de esas tormentas pasajeras que con frecuencia se desencadenan en las cimas montañosas, por lo que continuó el ascenso.

Atravesando la quebrada, llegaron a una hondonada que, como un pequeño anfiteatro, estaba rodeada de murallas de piedra perpendiculares sobre cuyos extremos lanzaban sus ramas los árboles adyacentes, por lo que sólo era posible ver pedazos del cielo azul y la luminosa nubosidad del atardecer. Durante todo el camino, Rip y su compañero se habían esforzado en silencio, ya que, pese a que el primero estaba muy intrigado por el objeto de cargar un barrilete de licor por aquella agreste montaña, había, no obstante, algo extraño e incomprensible en aquel desconocido que le inspiraba temor y mantenía a raya la familiaridad.



Al entrar en el anfiteatro, aparecieron nuevos elementos asombrosos. En un espacio elevado en el centro había un grupo de personajes de aspecto extraño jugando a los bolos. Estaban vestidos de forma peculiar y extravagante: algunos portaban jubones cortos, otros chalecos, todos contaban con grandes cuchillos en los cinturones y la mayoría vestía enormes bombachos, de estilo similar al del guía. Sus rostros eran también peculiares: uno tenía una gran cabeza, con la cara ancha y pequeños ojos de cerdito; el rostro de otro parecía hecho sólo de nariz y estaba coronado por un sombrero de punta elevada que llevaba las plumas de un gallo rojo en el extremo. Todos tenían barba, de varias formas y colores. Había uno que parecía ser el hombre al mando. Era un caballero anciano, pero robusto, con el semblante ajado por el tiempo; llevaba un jubón de encaje, un cinturón ancho con su vaina, sombrero alto con plumas, calcetas rojas y zapatos de tacón alto decorados con rosas. El grupo en su conjunto recordaba a Rip a las figuras de una antigua pintura flamenca que exhibía en su salón el dómine Van Schaick, el pastor de la aldea, y que había sido trasladada desde Holanda en los días de la colonización.

Lo más extraño para Rip era, sin embargo, que si bien aquellos hombres estaban claramente divirtiéndose, aun así, tenían los rostros completamente serios, guardaban un silencio de lo más misterioso y conformaban, por tanto, la fiesta más triste que nunca hubiera visto. Nada interrumpía el mutismo de la escena, excepto el sonido de las bolas que, siempre que salían disparadas hacia los bolos, resonaban en las montañas como el ruidoso retumbar de un trueno.

Cuando Rip y su acompañante se aproximaron a ellos, dejaron de pronto de jugar y lo miraron con ojos inmóviles como los de las estatuas, y con rostros tan extrañamente groseros y apagados que a Rip el corazón le dio un vuelco y las rodillas, temblorosas, chocaron entre sí. Su acompañante vació entonces el contenido del barrilete en grandes jarros y le hizo señales para que los repartiera entre la compañía. Rip obedeció con temor, tembloroso. Bebieron estos el alcohol en profundo silencio y regresaron a su juego.

Lentamente, el temor y el asombro de Rip se redujeron. Se atrevió incluso, cuando nadie lo miraba, a probar la bebida, que descubrió que tenía mucho del sabor de las mejores ginebras de Holanda. Puesto que era por naturaleza un alma sedienta, Rip se vio tentado rápidamente a echar otro trago. Un sorbo llevó a otro y reincidió en sus visitas al jarro con tanta frecuencia que sus sentidos terminaron por caer derrotados, los ojos empezaron a darle vueltas, la cabeza fue poco a poco reclinándose y cayó profundamente dormido.

Al despertar, se encontró en el verde otero en el que había visto por primera vez al anciano de la cañada. Se frotó los ojos; era una luminosa mañana. Los pájaros daban saltos y piaban entre los arbustos y el águila planeaba en lo alto afrontando la brisa pura de la montaña. «Desde luego —pensó Rip—, no he dormido aquí toda la

noche». Recordó lo sucedido antes de quedar dormido. El extraño hombre con el barrilete de licor, la quebrada de la montaña, la agreste hondonada entre las rocas, la entristecida fiesta con los bolos, el jarro... «¡Ay! ¡Ese jarro! ¡Ese maldito jarro! —se lamentó Rip—. ¿Qué excusa le contaré ahora a la señora Van Winkle?».

Buscó su arma a su alrededor, pero en lugar de la escopeta limpia y bien engrasada, encontró un trasto viejo a su lado: el cañón estaba oxidado, la llave caída y la culata comida por las polillas. Supuso que los serios juerguistas de las montañas le habían gastado una jugarreta y, tras haberlo adormecido con el licor, le habían robado su escopeta. Wolf también había desaparecido, aunque quizá anduviera cerca persiguiendo alguna ardilla o una perdiz. Rip lo llamó silbando y gritó su nombre. Todo fue en vano; el silbido y el grito resonaron en eco, pero no apareció perro por ningún lado.

Decidió regresar a la escena de la fiesta de la tarde anterior. Si se encontraba con alguno de los presentes, le exigiría su perro y su escopeta. Cuando se levantó para caminar, notó las articulaciones endurecidas y débiles en un movimiento tan habitual en él. «Estas camas de montaña no me sientan bien —pensó Rip—, y si esta fiesta me acaba dejando tumbado con un ataque de reuma, voy a pasarlo rebién con la señora Van Winkle». Con cierta dificultad descendió hacia la cañada y encontró la hondonada por la que ascendieron su compañero y él la tarde anterior; sin embargo, para su sorpresa, un torrente de montaña espumaba ahora en ella, brincando de roca a roca y llenando la cañada de balbuceantes murmullos. Rip, no obstante, se las arregló para trepar por los laterales, abriéndose paso laboriosamente entre los matorrales de abedul, sasafrás y escobas de bruja. En ocasiones tropezaba o quedaba enredado en las viñas silvestres que enroscaban sus tallos y zarcillos de árbol en árbol y extendían una especie de red en su camino.

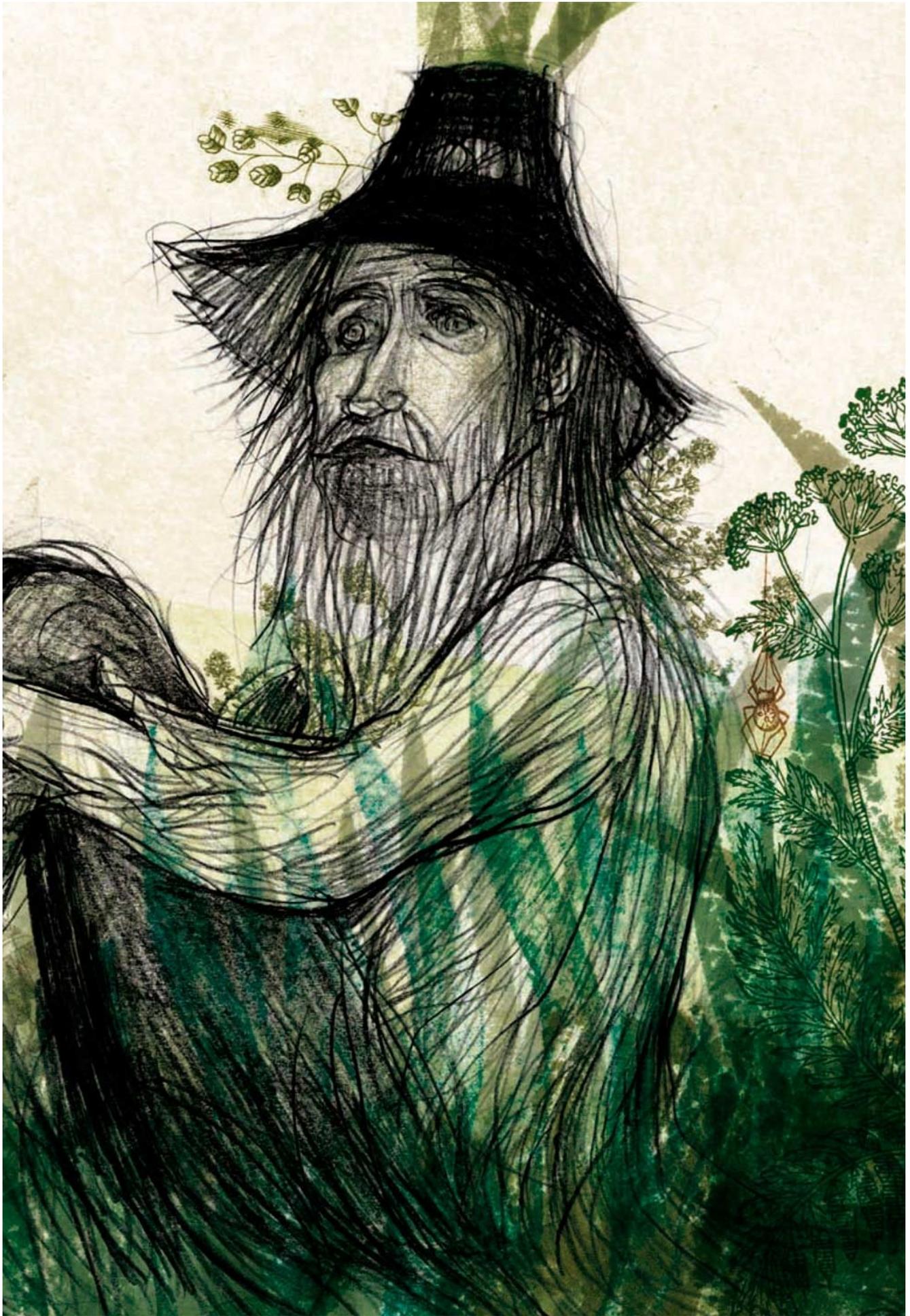


Al cabo alcanzó el lugar donde la hondonada se abría paso entre los desfiladeros hacia el anfiteatro, pero no encontró resto alguno de una apertura como esta. La roca se presentaba como una pared alta e impenetrable, sobre la que el torrente llegaba rodando en una lámina de ligera espuma y desde donde caía en una profunda y ancha cuenca, negra por las sombras del bosque que la rodeaba. En ese momento, allí, el pobre Rip se quedó parado. Volvió a silbar y a llamar a su perro, pero sólo recibió por respuesta los graznidos de una bandada de cuervos ociosos que se ejercitaban en las alturas, por encima de un árbol seco que colgaba sobre un precipicio iluminado por el sol, y que, seguros en su elevación, parecían mirar hacia abajo y burlarse de la perplejidad del pobre hombre. ¿Qué podía hacer? La mañana avanzaba y Rip sentía el estómago vacío, necesitaba su desayuno. Lo entristecía dejar el arma y al perro, también temía enfrentarse a su mujer; ahora bien, no tenía intención de morir de hambre en las montañas. Sacudió la cabeza, se echó al hombro el arma oxidada y, con el corazón lleno de pesar y de ansiedad, giró sus pasos con destino al hogar.

Según se aproximaba a la aldea, se encontró con varias personas, si bien ninguna le era familiar, lo que en cierto modo lo sorprendió, puesto que creía conocer a todo el que vivía en los alrededores. Sus vestidos, por otra parte, eran de un tipo distinto a los que él estaba acostumbrado. Todos ellos lo miraron boquiabiertos, con iguales muestras de sorpresa y, siempre que plantaban su mirada sobre él, invariablemente se acariciaban la barbilla. La constante recurrencia de este gesto llevó a Rip, involuntariamente, a hacer lo mismo. En ese momento, para su sorpresa, ¡descubrió que la barba le había crecido casi medio metro!

Había llegado ya a las afueras de la aldea. Una tropa de extraños niños corría a sus pies, soltando risotadas a sus espaldas y señalándole la barba gris. Los perros, por su parte, entre los que no reconocía a ninguno como viejo amigo, ladraban a su paso. La propia aldea estaba cambiada: era más grande y populosa. Había hileras de casas que no había visto antes y aquellas que fueron sus lugares predilectos habían desaparecido. Sobre las puertas aparecían extraños nombres, extraños rostros en las ventanas, todo era extraño. Su mente hizo sobrevolar una sospecha: comenzó a dudar si tanto él como el mundo a su alrededor no estarían embrujados. Sin duda aquella era su aldea natal, la que había dejado sólo un día antes. Allí estaban las montañas de Kaatskill, por allí corría la plata del Hudson en la distancia, cada colina y cada valle descansaban exactamente igual que siempre... Rip estaba completamente perplejo. «¡Ese jarro de anoche —pensó— ha confundido del todo mi pobre cabeza!».





No sin dificultad, encontró el camino hacia su propio hogar, al que se aproximó en silente temor: esperaba en cualquier momento oír la voz estridente de la señora Van Winkle. Descubrió, sin embargo, que la casa había caído en la ruina: el tejado se había venido abajo, las ventanas estaban hechas añicos y las puertas fuera de sus goznes. Un perro medio muerto de hambre que se parecía a Wolf se escondía entre las paredes. Rip lo llamó por su nombre, pero el chuchito gruñó, mostró los dientes y se marchó. Esto fue un golpe duro. «¡Mi propio perro —suspiró el pobre Rip— me ha olvidado!».

Entró en la casa, que, a decir verdad, la señora Van Winkle siempre había mantenido en perfecto orden. Estaba vacía, triste y aparentemente abandonada. Esta desolación superó todos sus temores conyugales: llamó a gritos a su mujer y a sus hijos. Las solitarias estancias retumbaron un instante con su voz y, después, todo volvió a ser silencio.

Salió a la carrera entonces y se dirigió veloz a su antiguo lugar de reunión, la posada de la aldea. Sin embargo, también esta había desaparecido. Un gran edificio desvencijado de madera ocupaba su lugar, con grandes ventanas abiertas, algunas de ellas rotas y remendadas con viejos sombreros y enaguas. Sobre la puerta, una pintada: «Hotel de la Unión, Jonathan Doolittle». En lugar del gran árbol que solía dar refugio al silencioso neerlandés de antaño, habían levantado un alto mástil desnudo, con algo en la punta que parecía un gorro de dormir rojo, y del que ondeaba una bandera en la que había una peculiar colección de estrellas y barras... Todo esto era extraño e incomprensible. Reconoció en el cartel de la posada, no obstante, el rubicundo rostro del rey Jorge, bajo el que se había fumado tantas pipas en completa paz, aunque incluso este había sufrido una peculiar metamorfosis. El abrigo rojo había cambiado por uno azul lustrado, en lugar de un cetro, en la mano portaba una espada, la cabeza estaba decorada con un sombrero de tres picos y bajo la figura aparecía pintado en grandes caracteres: «GENERAL WASHINGTON».

Había, como solía suceder, una multitud de aldeanos en torno a la puerta, pero ninguno que Rip recordara. El propio carácter de la gente parecía cambiado. Todo tenía un aire ajetreado, afanoso, discutidor, en lugar de la habitual flema y somnolienta tranquilidad de siempre. Buscó sin éxito al sabio Nicholas Vedder, con su amplio rostro, su papada y esa pipa bastante larga que liberaba nubes de humo en lugar de discursos vanos; esperaba ver también a Van Bummel, el maestro, compartiendo el contenido de un periódico viejo. En lugar de estos, un enjuto tipo de aspecto bilioso y que llevaba los bolsillos llenos de octavillas arengaba vehementemente sobre derechos de los ciudadanos..., elecciones..., miembros del Congreso..., libertad..., Bunker Hill..., <sup>[9]</sup> héroes del 76<sup>[10]</sup> y otras palabras que no eran más que un completo galimatías babilónico para el desconcertado Van Winkle.





El aspecto de Rip, con su barba larga y cana, su herrumbrosa escopeta, sus burdas ropas y el ejército de mujeres y niños pisándole los talones, pronto atrajo la atención de los políticos de la taberna. Se amontonaron a su alrededor mirándolo de la cabeza a los pies con gran curiosidad. El orador se lanzó hacia él y, echándolo ligeramente a un lado, inquirió: «¿A qué bando vota?». Rip lo miró boquiabierto y alhelado. Otro hombre pequeño pero activo lo tomó del brazo y, poniéndose de puntillas, le preguntó al oído si era «federal o demócrata». Rip quedó igualmente desconcertado e incapaz de comprender la pregunta, cuando un sagaz caballero engraido y entrado en años, con un sombrero de tres afilados picos, se abrió paso entre la multitud desplazando a la gente a izquierda y derecha con los codos y, tras plantarse ante Van Winkle, con un brazo en jarras y el otro apoyado en su bastón, sus vivos ojos y afilado sombrero penetrando, por así decirlo, en su misma alma, quiso saber con tono austero qué lo había llevado a la votación con un arma al hombro y una muchedumbre pisándole los talones, ¿acaso pensaba iniciar una revuelta en la aldea?

—¡Ay de mí!, caballeros —gritó Rip, en cierto modo abatido—, soy un pobre hombre tranquilo, nacido aquí y leal súbdito del rey, ¡Dios lo bendiga!

En ese momento, brotó un aullido generalizado de los presentes: «¡Un *tory*!»<sup>[11]</sup>

¡Un *tory*! ¡Un espía! ¡Un refugiado! ¡Fuera con él! ¡Fuera!». Con gran dificultad restableció el orden el hombre engreído del sombrero de tres picos. Una vez asumida una severidad en el ceño diez veces mayor, volvió a preguntar al acusado desconocido a qué había llegado hasta allí y a quién buscaba. El pobre Rip aseguró humilde que no pretendía daño alguno, sino que sencillamente había llegado para encontrarse con alguno de sus vecinos que solían rondar por la taberna.

—Bueno, ¿quiénes son? ¿Cómo se llaman?

Rip ponderó brevemente la situación y dijo:

—¿Dónde está Nicholas Vedder?



La asamblea se sumió en el silencio un instante; después, un anciano contestó con voz temblona y aguda:

—¿Nicholas Vedder? ¡Si murió y lo enterraron hace dieciocho años! Había una lápida de madera en el cementerio en la que se podía saber de él, pero está ya podrida y perdida también.

—¿Dónde está Brom Dutcher?

—Ah..., se metió en el ejército al principio de la guerra, algunos dicen que lo mataron en el asalto de Stony Point...,<sup>[12]</sup> otros dicen que se ahogó en una tempestad a los pies de Antony's Nose<sup>[13]</sup>. No lo sé..., nunca regresó.

—¿Y dónde está Van Bummel, el maestro?

—Se fue a la guerra también, era un gran general y ahora está en el Congreso.

El corazón de Rip se apagó al oír estos tristes cambios en su hogar y sus amigos; de pronto, se encontró solo en el mundo. Cada respuesta lo confundía aún más, al hablar de tan largos espacios de tiempo y de cosas que no podía comprender: la guerra, el Congreso, Stony Point... No tenía el valor de preguntar por ningún otro amigo, así que chilló desesperado:

—¿Alguien conoce aquí a Rip van Winkle?

—¡Oh, Rip van Winkle! —exclamaron dos o tres—. ¡Sí, claro!, ahí mismo está, apoyado contra el árbol.

Rip miró y observó el equivalente preciso de sí mismo cuando subió a la montaña; aparentemente tan perezoso y, sin duda, tan harapiento. El pobre hombre estaba completamente confundido. Dudaba de su propia identidad y de si era él mismo u otro hombre. En mitad de su desconcierto, el tipo del sombrero de tres picos le preguntó quién era y cómo se llamaba.

—¡Dios sabrá! —exclamó al borde de la locura—. ¡No soy yo..., soy otro..., ese de ahí soy yo..., no, es otro, metido en mi piel..., yo era yo anoche, pero me dormí en la montaña y me cambiaron la escopeta y todo ha cambiado, yo he cambiado y no puedo decir mi nombre ni quién soy!



Los presentes comenzaron entonces a mirarse unos a otros, asentían, guiñaban elocuentes los ojos y se llevaban un dedo a la sien. En un murmullo, también se comentó algo sobre asegurar el arma y evitar que el anciano causara algún daño. Nada más verbalizarse esta sugerencia, el hombre engréido del sombrero de tres picos se retiró con cierta prisa. En este momento crítico, una mujer linda y lozana se abrió paso entre la muchedumbre para echar un vistazo al hombre de barba gris. Llevaba un niño regordete en los brazos, el cual, asustado por el aspecto del anciano, comenzó a llorar.

—Calla, Rip —gritó ella—, calla, tontorrón, el viejo no te va a hacer daño.

El nombre del niño, el aspecto de la madre, el tono de su voz, todo esto despertó una sucesión de recuerdos en la mente de Rip.

—¿Usted cómo se llama, buena mujer? —preguntó.

—Judith Gardenier.

—¿Y su padre?

—Ay, pobre hombre... Rip van Winkle se llamaba, hace veinte años que salió de casa con su escopeta y desde entonces nadie ha vuelto a saber nada. Su perro volvió a casa sin él, pero si se pegó un tiro o se lo llevaron los indios, nadie lo sabe. Yo no era más que una niña.

Rip tenía una duda más que resolver, la pronunció con voz temblorosa:

—¿Dónde está tu madre?

—Oh, ella también murió no hace mucho tiempo; le reventó una vena en un ataque de rabia ante un pedigüeño de Nueva Inglaterra.

Por fin, una gota de consuelo para Rip. El buen hombre no podía contenerse más. Abrazó a su hija y a su nieto.

—¡Yo soy tu padre! —estalló—. ¡Antes el joven Rip van Winkle y ahora el viejo Rip van Winkle!... ¡¿Es que nadie conoce al pobre Rip van Winkle?!

Todos quedaron sorprendidos y una anciana, que apareció de entre la multitud, se llevó una mano a la frente y, mirando bajo esta al rostro de Rip por un instante, exclamó:

—¡Claro que sí! Es Rip van Winkle..., ¡el mismo! Bienvenido a casa de nuevo, vecino. Pero ¿dónde has estado todos estos años?



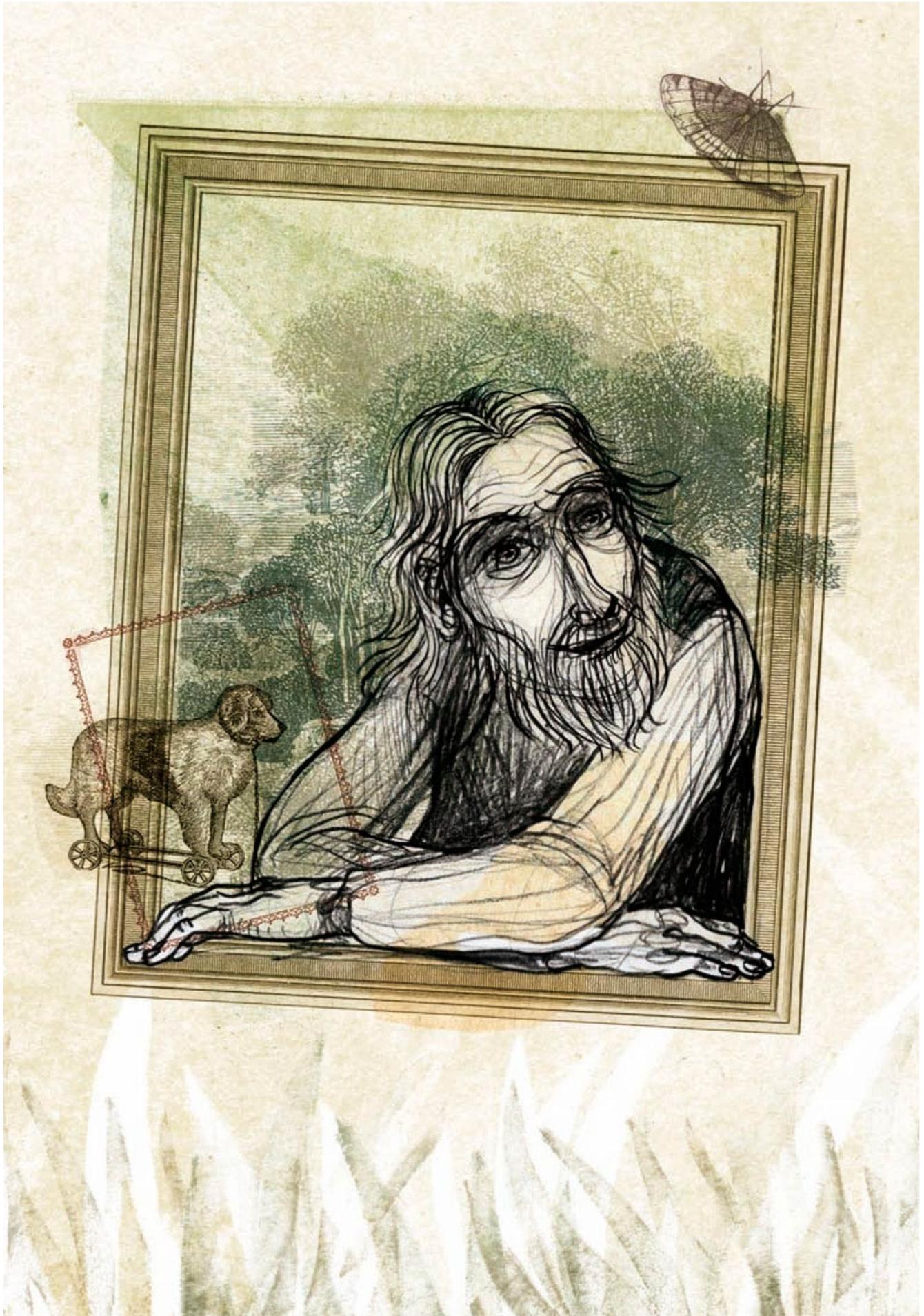


Rip contó rápidamente su historia, los veinte años al completo habían sido para él no más que una noche. Los vecinos lo miraban asombrados al oírlo hablar; se pudo ver a algunos guiñarse un ojo entre sí y sacar la lengua por un lateral de la boca, mientras que el hombre presumido del sombrero de tres picos, quien, una vez descartada la alarma, había regresado al grupo, torció las comisuras y sacudió la cabeza, tras lo que se produjo un gesto similar en toda la asamblea.

Se decidió, no obstante, consultar la opinión de Peter Vanderdonk, a quien vieron avanzando lentamente calle arriba. Era descendiente del historiador con quien compartía apellido, que escribió uno de los primeros textos sobre la provincia.<sup>[14]</sup> Peter era el habitante más anciano de la aldea y conocía de primera mano todos los acontecimientos increíbles y las tradiciones del vecindario. Reconoció inmediatamente a Rip y corroboró su historia del modo más satisfactorio. Aseguró a los presentes que era un hecho, que le había transmitido su predecesor, el historiador, que las montañas de Kaatskill siempre habían estado embrujadas por seres extraños. Se afirmaba que el gran Hendrick Hudson,<sup>[15]</sup> el descubridor del río y de la región, realizaba una suerte de vigilia allí cada veinte años, con la tropa que lo acompañaba en su navío, el *Half Moon*, lo que le permitía volver a visitar los lugares de su hazaña y mantener un ojo guardián sobre el río y la gran ciudad que recibió su nombre. El historiador los había visto una vez vestidos con sus antiguos trajes holandeses y jugando a los bolos en la hondonada de la montaña. Y él mismo, su hijo, había oído, una tarde de verano, el sonido de las bolas, como el remoto retumbar de un trueno.

Para abreviar el relato, los presentes se desbandaron y regresaron a los quehaceres más importantes de las elecciones. La hija de Rip lo llevó a casa a vivir con ella. Tenía un hogar acogedor y bien amueblado, y un robusto y alegre agricultor por marido, en quien Rip reconoció a uno de los pillastres que solían subírsele a la espalda. En cuanto al hijo y heredero de Rip, que era su viva estampa, apoyado contra el árbol, trabajaba de empleado en las tierras, pero mostraba una disposición hereditaria a atender a todo, menos a su trabajo.

Rip retomó entonces sus antiguos paseos y hábitos; pronto encontró a muchos de sus compañeros de los viejos tiempos, si bien todos en peor estado debido al transcurrir del calendario, por lo que prefirió hacer amigos entre las nuevas generaciones, cuyos favores se granjeó rápidamente.



Sin nada que hacer en casa y llegado a la feliz edad en la que un hombre puede perder el tiempo con impunidad, volvió a tomar su posición en el banco, en la puerta de la posada, donde era reverenciado como uno de los patriarcas de la aldea, crónica viva de los viejos días «de antes de la guerra». Pasó algún tiempo hasta que pudo seguir sin problemas los chismes y entender los extraños acontecimientos que habían tenido lugar durante su letargo. ¡Se había producido una revolución, el país se había liberado del yugo de la vieja Inglaterra y, en lugar de ser súbdito de Su Majestad Jorge III, era ahora ciudadano libre de los Estados Unidos! Rip, en realidad, no era político; los cambios en los estados y los imperios difícilmente lo impresionaban; pero había una clase de despotismo que siempre había lamentado, que era... el gobierno de las enaguas. Por fortuna, eso se había acabado; había liberado su cuello del yugo del matrimonio y podía entrar y salir cuando le placiera sin temer la tiranía de la señora Van Winkle. Ahora bien, siempre que se mencionaba su nombre, sacudía la cabeza, se encogía de hombros y levantaba la vista al cielo, lo que podía pasar tanto por una expresión de resignación ante su sino como por alegría por su liberación.

Solía contar esta historia a todo extranjero que llegaba al hotel del señor Doolittle. Inicialmente se percibió que variaban ciertos puntos de la narración cada vez que esta se repetía, lo que, sin duda, era debido a que Rip hubiera despertado tan poco tiempo antes. Finalmente, quedó fijada exactamente en la historia que he relatado, y no existe ni un solo hombre, mujer o niño de la vecindad que no la sepa de memoria. Algunos han fingido siempre dudar de su veracidad, insistiendo en que Rip había perdido la cabeza y que este era un punto en el que siempre había sido inestable. Los viejos habitantes holandeses, sin embargo, le dieron total crédito de forma casi unánime. Incluso a día de hoy, jamás oyen una tormenta en una tarde de verano en las inmediaciones de las montañas de Kaatskill sin decir que Hendrick Hudson y su tropa están jugando a los bolos. Es también deseo común entre los maridos dominados de la vecindad, cuando la vida se hace difícil en sus manos, poder darle un tranquilo traguito al jarro de Rip van Winkle.

## NOTA

La historia precedente, sospecha uno, habría sido sugerida al señor Knickerbocker por una pequeña superstición alemana sobre el emperador Frederick *der Rothbart* y la montaña de Kyffhäuser;<sup>[16]</sup> la nota posterior, no obstante, añadida en forma de apéndice a la historia, muestra que es un hecho real, narrado con la fidelidad habitual de Knickerbocker:

«La historia de Rip van Winkle puede parecer increíble a muchos, pero yo le otorgo plena credibilidad, puesto que conozco que el entorno de nuestros viejos asentamientos holandeses se vio sometido a sorprendentes acontecimientos y apariciones. De hecho, he oído muchas historias más extrañas que esta en las aldeas situadas a lo largo del Hudson, todas ellas demasiado autenticadas como para admitir duda. He llegado incluso a conversar con el propio Rip van Winkle, quien, la última vez que lo vi, era un venerable anciano, tan perfectamente racional y consistente en cualquier otra materia que dudo que ninguna persona concienzuda pueda negarse a aceptar también esta historia. Más aún, he visto un certificado al respecto emitido en un juzgado rural y firmado con una cruz del puño y letra del propio magistrado. La historia, por tanto, está más allá de toda posible duda».

D. K.

## *POST SCRIPTUM*

A continuación se incluyen notas de viaje de un libro de memorias del señor Knickerbocker:

«Las montañas de Kaatsberg o Catskill han sido siempre una región llena de fábulas. Los indios las consideraban la morada de los espíritus, quienes ejercían influencia en la meteorología, desplegando el sol o las nubes sobre el paisaje y enviando buenas o malas temporadas de caza. Estaban dominadas por un viejo espíritu piel roja, que se decía era la madre de estos. El espíritu, femenino, pues, vivía en el pico más alto de las Catskill y tenía a su cargo las puertas del día y de la noche, para cerrarlas y abrirlas a la hora indicada. Ella colgaba las lunas nuevas en el cielo y desmenuzaba las viejas en estrellas. En tiempos de sequía, si era propiciada debidamente, tejía tenues nubes de verano a partir de telas de araña y rocío de la mañana, tras lo que las enviaba desde la cresta de la montaña, copo a copo, como hebras de algodón cardado, y así las nubes flotaban en el aire, hasta que, disueltas por el calor del sol, caían en delicados chaparrones que hacían brotar la hierba, madurar la fruta y crecer el maíz dos centímetros por hora. Si estaba disgustada, sin embargo, cocía nubes negras como la tinta y se aposentaba entre ellas como una araña de vientre prominente en el centro de su tela. Cuando estas nubes estallaban, ¡la desgracia caía sobre los valles!

En los viejos tiempos, dicen las tradiciones indias, había un tipo de *manitú* o espíritu que guardaba los escondrijos más salvajes de las montañas de Catskill y disfrutaba malicioso causando todo tipo de pesares y vejaciones a los pieles rojas. A veces, asumía la forma de un oso, de una pantera o de un venado, conducía al desconcertado cazador en una persecución a través de bosques enmarañados y rocas cortadas y luego desaparecía con un sonoro ¡jo, jo, jo!, dejando al cazador horrorizado en el extremo de un elevado precipicio o de un rabioso torrente.



La morada favorita de este *manitú* todavía está a la vista. Es una gran roca o risco en la parte más solitaria de las montañas y es conocida, por las florecidas enredaderas que trepan por ella y las flores silvestres que abundan en el entorno, como el Jardín de la Roca. Cerca de su pie existe un pequeño lago, guarida del solitario avetoro, con serpientes de agua que se tuestan al sol sobre las hojas de los nenúfares que ocupan la superficie. El lugar era observado con gran temor por los indios, hasta el punto de que el más astuto cazador no perseguía a su presa en los alrededores. Una vez, sin embargo, un cazador que se había desorientado entró en el Jardín de la Roca, donde contempló varias calabazas colocadas en las horquillas de los árboles. Se hizo con una y corrió con ella, pero en la acelerada huida la dejó caer entre las rocas, momento en el que un gran torrente brotó y lo barrió, empujándolo precipicio abajo, donde quedó despedazado. El torrente se abrió camino hasta el Hudson y continúa fluyendo a día de hoy; el mismo torrente, precisamente, conocido por el nombre de Kaaterskill». <sup>[17]</sup>

**Publicado en 1819**, este relato es considerado el primer cuento de la literatura norteamericana. Está ambientado en los días previos a la Guerra de Independencia de los Estados Unidos y narra la historia de un aldeano de ascendencia holandesa que escapa de su esposa, que lo regañaba continuamente por irse al bosque. Tras varias aventuras, se sienta bajo la sombra de un árbol y se queda dormido. Al despertar el mundo que conocía había cambiado por completo...

Este relato sigue muy presente en la cultura de Estados Unidos y, de hecho, la historia se sigue contando entre los niños, que aún disfrutan con la leyenda del viejo Rip van Winkle.





WASHINGTON IRVING (Manhattan, Nueva York, 3 de abril de 1783 – Tarrytown, Wetschester, Estado de Nueva York, 28 de noviembre de 1859) fue un escritor estadounidense del Romanticismo.

Washington Irving fue el menor de once hermanos. Su padre era un rico comerciante escocés y su madre una inglesa nieta de clérigo. Ambos sentían gran admiración por el general George Washington (primer presidente de EE.UU.), por lo que en su honor bautizaron a su hijo con su nombre. Desde pequeño desarrolló una gran pasión por los libros (devoraba *Robinson Crusoe* y *Las mil y una noches*) y, aunque sus intereses iban más bien por el camino del periodismo y la literatura, emprendió y concluyó estudios de Derecho, aunque no ejerció sino durante poco tiempo. Trabajó en los bufetes de Henry Masterton (1798), Brockholst Livingston (1801) y John Ogde Hoffman (1802). Después, entre 1804 y 1806, viajó por Europa visitando Marsella, Ginebra, España, Sicilia (donde conoció al almirante Nelson) y Roma. Volvió a Nueva York en 1806 y fundó una empresa comercial con sus hermanos. Durante la guerra con Gran Bretaña de 1812, asistió militarmente al gobernador de Nueva York, Tompkins, en el ejército americano.

Entre los años 1802 y 1803 comenzó a escribir algunos artículos para el periódico de Nueva York *Morning's Chronicles*, editado por su hermano Peter; por ejemplo, las *Cartas del caballero Jonathan Oldstyle*. Entre 1807 y 1808, en *Salmagundi*, escrito en colaboración con su hermano William y James Kirke Paulding. En 1809 apareció una *Historia de Nueva York contada por Dietrich Knickerbocker* tan popular que desde entonces los descendientes neoyorquinos de antiguos emigrantes holandeses

fueron conocidos por el nombre de su protagonista, Knickerbocker. Se trata de un relato humorístico y satírico que tuvo una gran acogida por parte del público y le tributó una enorme fama. Sin embargo, el reconocimiento que estaba obteniendo tanto en el ámbito social como en los círculos literarios se nubló con la muerte en ese mismo año de su joven prometida (tenía diecisiete años), Matilda Hoffmann; Irving quedó tan afectado que ya nunca más pensó en casarse y permaneció soltero toda su vida. De 1812 a 1814 fue redactor de la *Analectic Magazine*, en Filadelfia y Nueva York. Después marchó a Liverpool como socio de la empresa comercial que compartía con su hermano; allí trabó amistad con importantes hombres de letras como sir Walter Scott, Thomas Moore etc., pero la empresa familiar quebró en 1818 e Irving se consagró ya por completo a la literatura. Pero, después de la muerte de su madre, Irving decidió seguir en Europa, donde permanecerá diecisiete años entre 1815 y 1832. Habitó sucesivamente en Dresde (1822–1823), Londres (1824) y París (1825). En Inglaterra mantuvo una relación romántica con la escritora Mary Shelley, viuda del poeta Percy Bysshe Shelley.

Utilizó en algunos escritos el pseudónimo de Geoffrey Crayon, publicados en *Libro de apuntes (The Sketch Book of Geoffrey Crayon, 1820)*. En este libro se incluyen dos de sus cuentos más famosos: *La leyenda de Sleepy Hollow*, más conocido como *La leyenda del jinete sin cabeza* (adaptada al cine por Tim Burton en 1999) y *Rip Van Winkle*, que narra la historia de alguien que duerme durante decenas de años, inspirándose en la leyenda de Los siete durmientes de Éfeso. En 1822 se publicó una continuación, *Bracebridge Hall*. Estos dos libros se inspiran en los cuentos populares alemanes.

Fue a España llamado por el embajador de su país para que estudiara en El Escorial los documentos relativos al descubrimiento del Nuevo Mundo (1826–1829). Este encargo constituyó el comienzo de su carrera diplomática. Entre 1829 y 1832, bajo la presidencia de Andrew Jackson, Irving fue nombrado secretario de la legación norteamericana, y más tarde será ascendido a embajador de los Estados Unidos en Madrid (1842–1845) por orden de Daniel Webster, secretario de Estado. Sus largas estancias en España le llevaron a conocer profundamente la historia y la literatura española y a identificarse de tal modo con su espíritu, que llegó a ser un hispanista de la más alta calidad, y seguramente el primero en la historia de su país. Fruto de su actividad como hispanista fueron *The Life and Voyages of Christopher Columbus (Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, 1828)*, *Chronicles of the Conquest of Granada (1829)*, *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus (1831)* y sus celeberrimos y harto traducidos *Cuentos de la Alhambra (Tales of the Alhambra) (1832)*, donde refunde para el público inglés las más conocidas leyendas hispanoarábigas sobre el Castillo Rojo. Se le deben además unas *Legends of the Conquest of Spain, (1835)*. En 1848 fue nombrado presidente de la Biblioteca Astor, cargo que abandonaría en 1859 a causa de sus achaques. Sin embargo pudo aún

elaborar las biografías de Oliver Goldsmith (1849) y de George Washington (1855–1859), también éxitos de venta.

Murió rodeado de su familia en Tarrytown (estado de Nueva York), el 28 de noviembre de 1859, en su mansión de Sunnyside, que ahora es museo y casa histórica. En ese día de noviembre Nueva York cerró sus puertas y 150 carruajes en procesión fúnebre y más de 1000 personas esperaron su último paso. Está sepultado en el cementerio de Sleepy Hollow, la aldea de sus más conocidos cuentos. Entre 1860 y 1861 apareció póstuma una edición de las obras más importantes de Irving en 21 volúmenes.

Fue el primer norteamericano en alcanzar la celebridad como escritor profesional, gracias a la literatura, y por eso numerosas calles y ciudades de los Estados Unidos llevan su nombre: Irvington, ciudad del estado de Texas y otra en New Jersey, la calle Irving en Birmingham, Alabama, o la villa de Bracebridge, en Ontario, Canadá (en referencia a su novela *Bracebridge Hall*).

Es considerado como el mentor de autores como Nathaniel Hawthorne, el también hispanista Henry Wadsworth Longfellow y Edgar Allan Poe. Irving popularizó además el sobrenombre «Gotham» para referirse a Nueva York, usado en las historietas de Batman; también se le conoce como el inventor de la expresión «el todopoderoso dólar». Tuvo una gran influencia en la visión exótica y orientalista de España.

# Notas

[1] Diedrich Knickerbocker es el supuesto historiador responsable de la *Historia de Nueva York desde el principio del mundo hasta el final de la dinastía neerlandesa* que publicó Washington Irving en 1809. (Todas las notas de la presente edición corresponden al traductor). <<

[2] Shakespeare, *Hamlet*. <<

[3] Tanto la Medalla de Waterloo como el cuarto de penique (*farthing*) de la reina Ana de Gran Bretaña son ejemplos de reconocimientos de dudoso valor; el primero, por el número de condecoraciones concedidas —cerca de cuarenta mil—; y el segundo, por el escaso valor de la moneda, que no llegó siquiera a entrar en circulación.

La recepción de la *Historia de Nueva York* fue, efectivamente, dispar, con críticas por sus inexactitudes y su tono satírico; no obstante, el éxito de la obra entre el público llevó a nombrar a numerosas empresas, entre ellas panaderías, con el apellido del supuesto historiador. A día de hoy, *knickerbocker* es sinónimo de *neoyorquino*. <<

[4] *Woden* es el nombre en inglés antiguo del dios Odín de la mitología germánica, a quien estaría dedicado el miércoles (*Wednesday*, «*Wensday*»). <<

[5] La cita corresponde a la obra teatral *The Ordinary*, del dramaturgo inglés William Cartwright (1611-1643). <<

[6] Último director general de Nuevos Países Bajos, Peter Stuyvesant (1600-1672) es una figura clave de la historia inicial de Nueva York, entonces Nueva Ámsterdam. <<

[7] Al mando de Peter Stuyvesant, los holandeses asediaron en 1655 el fuerte que la colonia sueca había establecido en el actual estado de Delaware. Al hacerse con él tras diez días, dieron por concluida la existencia de la conocida como Nueva Suecia.

<<

[8] La paloma migratoria es uno de los casos más destacados de extinción por la acción del hombre. Considerada el ave más abundante de América del Norte y quizá del mundo, en sólo un siglo desapareció por completo debido a la caza masiva y a la destrucción de su hábitat. El último ejemplar salvaje del que se tiene constancia murió en 1900; catorce años después, lo haría el último mantenido en cautividad. <<

[9] La batalla de Bunker Hill forma parte del asedio de Boston en los inicios de la Guerra de Independencia. Si bien aquel 17 de junio de 1775 la victoria oficial cayó del lado de los británicos, la capacidad de resistencia de los milicianos estadounidenses mostró su inquebrantable decisión y debilitó la moral del enemigo.

<<

[10] El 4 de julio de 1776, con la guerra de Independencia en marcha, 56 delegados firman la Declaración de Independencia en Filadelfia, que establece que las trece colonias norteamericanas se consideran naciones soberanas independientes del Imperio británico y deciden formar los Estados Unidos de América. <<

[11] Durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos se conocía como *tory* al defensor de la permanencia de las colonias bajo dominio británico. <<

[12] La batalla de Stony Point supuso una gran victoria del Ejército de George Washington al hacerse en un ataque relámpago, el 16 de julio de 1779, con este puesto avanzado ubicado cincuenta kilómetros al norte de la ciudad de Nueva York.

<<

[13] Promontorio en la orilla del río Hudson, situado a poca distancia de Stony Point. En su *Historia de Nueva York*, Washington Irving atribuye este nombre a la prominente nariz (*nose*) de un tal Antony van Corlear, trompetista destacado entre los primeros pobladores de Nueva Ámsterdam. <<

[14] Adriaen van der Donck (1618-1655), primer abogado de la colonia de Nuevos Países Bajos. En el año de su muerte se publicó su influyente *Descripción de los Nuevos Países Bajos*. <<

[15] El explorador inglés Henry Hudson (1565-1611) trabajó para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, para la que, buscando una ruta hacia Asia, recorrió en el *Half Moon* (Media luna) la región de la actual área metropolitana de Nueva York, lo que sentó las bases de la colonización neerlandesa. En su exploración remontó doscientos cuarenta kilómetros del río que lleva su nombre. En 1611, tras amotinarse su tripulación, fue abandonado con algunos de sus compañeros en la actual bahía de Hudson. No volvió a saberse nada de ninguno de ellos. <<

[16] La leyenda establece que Federico I (1122-1190), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico conocido como *Barbarroja*, duerme en una cueva en Kyffhäuser y despertará cuando su país lo necesite para volver a convertirlo en el más poderoso del planeta. <<

[17] El doble salto de agua conocido como cascadas de Kaaterskill se convirtió a inicios del siglo XIX en una de las atracciones turísticas más destacadas de Estados Unidos. La escena inspiró todo tipo de textos y se estableció como ideal de naturaleza salvaje para la pintura paisajística. <<